

## GENESIS REVOLUCIONARIO

Con frecuencia el término revolución es objeto de imprecisas interpretaciones, decir revolución implica descargas de fusilería, huelgas en las calles, masas desgrenadas, en fin, desorden por doquier. Es su acepción más vulgar.

Haciendo un estudio detenido de la historia, no solo la de España, de la universal también, una honda diferenciación distinguiremos en el ámbito político.

Las doctrinas rousseauianas y enciclopedistas invaden el Mundo, se adquieren nuevas concepciones de lo que hasta entonces solo había sido puro anquilosamiento doctrinal. A partir del siglo XVIII el sentido de revolución se dilata; la revolución es: no solo medio sino fin. «Se persigue la revolución por ella misma».

El concepto de revolución como levantamiento, como agitación esporádica, pierde valor; la revolución se entiende ya, concretamente desde la Revolución francesa, como meta a conseguir con el subsiguiente cambio, pacífico incluso, en la política estatal.

En este génesis revolucionario, la Revolución falangista engrosa el campo de la nueva concepción: se aspira a la revolución como movimiento continuado.

Sin género de duda, en su elemento evolutivo sistemático, nuestro Movimiento Nacional-Sindicalista presenta analogías con las revoluciones que desde el citado siglo tuvieron lugar. En las andaduras, en los desarrollos revolucionarios, cabe distinguir dos períodos. «El primero, es de orden puramente teórico; es la época en la que se elaboran las nuevas doctrinas, los trabajos de difusión y cambios de ideas puras; el segundo período, es el de la preparación efectiva, la adaptación de las teorías para su ejecución».

En esta segunda fase, es cuando más certeramente la Falange se separa de la equívoca trayectoria seguida por el resto de las revoluciones, principalmente comunista y francesa; en ellas, concretamente la segunda, es la masonería quien entra en escena y desempeña su papel principal después del establecimiento en Francia del Gran Oriente (1773),

siendo paradójico observar respecto a esta fecha que, según investigaciones de M. Lantoiné, el número de logias de las dos obediencias (Gran Oriente y Gran Logia), llega a elevarse en el 1777 a 825, ocurriendo los primeros estallidos revolucionarios a los doce años de su fundación, cuando ya el espíritu del pueblo se halla debidamente intoxicado.

Sin embargo, debe precisarse que en la urdimbre filosófica, la masonería no es mucho más que una parte, seguramente de máxima importancia, pero bajo ningún concepto única. A propósito de estas palabras dice Cochín, investigador que fué de la disciplina: «desde 1769 a 1780 se ven aparecer centenares de pequeñas sociedades... disimulando mal—bajo pretextos oficiales de cultura, de beneficencia o de placer,—designios políticos: sociedades académicas, literarias, patrióticas, museos, liceos, aún sociedades de agricultura.

Finalmente, no hay ni el más pequeño pueblo que no tenga sociedad y todas estas asociaciones federadas, animadas del mismo espíritu, toman parte en la misma gran obra».

Estas sociedades de pensamiento a que alude Agustín Cochín, logias masónicas e historia en general, nos dan una idea de los precedentes sobre los que se fundamentan los pilares de la Revolución francesa y de lo que puede dar de sí la pomposa declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano, votados por la Asamblea Nacional Constituyente Francesa.

Por lo referente a la Revolución comunista, un paréntesis de abstracción cabe hacer en ella y en ese signo de acotación encuadrar masonería, socialismo tecnocrático e irrealidad, que, remozados del clásico despotismo ruso, hace un combinado de puro irracionalismo degenerable en claro animalismo demagógico.

Frente a los dos, como opuestas entre sí, la Falange proclama y demuestra la virilidad de su gestación, sana y católica, y que, sin incurrir en equívoco individualismo político ni en exagerado estatismo socialista, llega más allá de los absurdos derechos constitucionales y de la absurda democracia nomocratizada.

Jalme González

ces con Murum y con los mosaicos romanos, nunca de los mosaicos con Alces.

Creemos haber leído ahora que Alces en su continuo crecer cambiaría todo «probablemente su nombre por aquel Murum que citábamos en nuestros párrafos anteriores» ¿...? ¿No es ésto precisamente lo que venimos diciendo ya en varios artículos? Aún cuando «oficialmente» no se sitúe a Murum en Alcázar.

Tampoco «oficialmente» Alcázar fué Alces; así lo dicen el Dr. Layna en aquel párrafo que él titula «La leyenda embustera» y el Geógrafo de Carlos III en su «Descripción geográfica de Alcázar». Y sabemos que si «oficialmente» no se ha declarado dogma de fé esta «descripción geográfica», en la práctica sí lo ha sido para los que de Alcázar han escrito. De ahí nuestro entusiasmo al conocer esos mosaicos, nuestro tesón para conseguir que las excavaciones se llevaran a efecto y nuestra esperanza de que esa «mansión» crezca lo suficiente, para deshacer tanta leyenda despectiva y tanto gesto desdichoso como se encuentra al querer buscar noticias sobre Alcázar.

Los «grandes autores» también admiten dentro de la palabra «mansión», el concepto de «foco» activo e irradiable. En octubre publicábamos las contestaciones que dió el profesor San Valero Aparisi a unas preguntas que le hicimos y decía: «Una villa romana puede suponer en población y vitalidad, tanto o más... Pero además, representa un FOCO DE ROMANIZACION del contorno, pues... y un centro de atracción de gentes...»

Por último, estos artículos de Historia de Alcázar no están escritos, para tomar parte en ningún certamen periodístico, tienen por misión recoger cuantas noticias de Alcázar encontremos, hilvanándolas y comentándolas según nuestro criterio; por lo tanto, no pretendemos dogmatizar sobre el tema, todos pueden expresar sus opiniones y ampliar cuanto quieran nuestras noticias; se lo agradecerán de veras todos los alcazareños. Solo exigiremos que estos comentarios carezcan de frases agudas o irónicas, innecesarias en una lección de historia.

MANUEL RUBIO